Lourdes Pérez

Con los pies en la tierra para alcanzar el cielo

Mensajes de nuestros guías espirituales: Ellos nos hablan.

Luciérnaga

LOURDES PÉREZ

CON LOS PIES EN LA TIERRA PARA ALCANZAR EL CIELO

Mensajes de nuestros guías espirituales: ellos nos hablan

Ediciones Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Lourdes Pérez, 2019.
© de las ilustraciones de interior: Gabi Corradini; Angie Kaak; Carmen Pérez López; Lourdes Pérez; Virginia Rosón Pérez; Victoria Cepeda Ibáñez.
© Imagen de cubierta: Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: enero de 2021

© Edicions 62, S.A, 2021
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-50-2

Depósito legal: B. 18.230-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*
El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo, por José Manuel García-Verdugo Rodríguez *13*
Introducción. Cómo leer este libro,
por Carmen González Román *15*
Nota de la autora. Ellos hablan *19*
Propósito del libro. Ser feliz *25*

Capítulo 1. Carta de mi abuelo Alfonso a su hija Paloma 29
Capítulo 2. Estoy vivo. El cielo existe 33
Capítulo 3. ¿Qué sucede cuando nos morimos? 39
Capítulo 4. Motivación: el poder de las palabras 49
Capítulo 5. Sesión de espiritismo 57
Capítulo 6. Una nueva forma de vida 61
Capítulo 7. Soy feliz 71
Capítulo 8. Peligros de la escritura automática 75
Capítulo 9. El poder de la oración 83
Capítulo 10. Despedida 91
Capítulo 11. Mimar la forma de comunicarnos 107
Capítulo 12. Querer a quien es distinto a ti 113
Capítulo 13. La felicidad está en el sentir 121
Capítulo 14. Es tiempo de distribuir las cartas 129
Capítulo 15. Rezar y perdonar 139
Capítulo 16. *Mens sana in corpore sano* 147
Capítulo 17. El puzle de la vida: las causalidades 161
Capítulo 18. El amor 173
Capítulo 19. Comprender a quienes son distintos 179

Capítulo 20. Aprovechar los sentidos 187
Capítulo 21. Todo llega en el momento adecuado 195
Capítulo 22. Vaciar la mente para llenarla 203
Capítulo 23. Saber respetar 209
Capítulo 24. Sin forzar 223
Capítulo 25. El secreto de la felicidad está en nosotros 229
Capítulo 26. Lo importante es aprender y renunciar al reconocimiento externo 239
Capítulo 27. San Juan de la Cruz: todos podemos cambiar 249
Capítulo 28. Mensajes de los sabios 261
Capítulo 29. Lecciones de un alma vieja: «Soy lo que vosotros llamáis un maestro» 277
Capítulo 30. Una sorpresa inesperada 287
Capítulo 31. Todos somos uno en Dios 307
Capítulo 32. Mensajes de maestros 331
Capítulo 33. Un ángel en un Ferrari 347

Epílogo *373*
Anexos *379*
Testimonios *387*
Cronología *405*
Bibliografía *409*
Sobre la autora *419*
Ilustradoras *421*

Capítulo 1

DE MI ABUELO ALFONSO A SU HIJA PALOMA

Madrid, junio de 1984

Esta historia comenzó hace mucho tiempo...

Siendo adolescente, con dieciséis o diecisiete años, tuve mi primera experiencia con la escritura automática. Era una carta de mi abuelo Alfonso dirigida a su hija pequeña, Paloma.

Era de noche y estaba estudiando en el salón de mi casa mientras el resto de la familia dormía. De repente, la luz del salón empezó a parpadear y noté algo raro, como si alguien hubiera entrado en la habitación. No había nadie, pero percibí una presencia invisible. Comencé a sentir una extraña sensación en el

brazo derecho, como si estuviera dormido y la mano comenzó a escribir sola.

Era mi abuelo Alfonso, fallecido el 18 de abril de ese año. Asistía perpleja al hecho de que mi mano escribiera sin ser yo consciente de las palabras plasmadas en el papel. Sentía sorpresa, pero estaba tranquila y confiada.

Lourdes Pérez

Se trataba de una carta dirigida a su hija más pequeña, Paloma. En ella le daba todo su apoyo en unos momentos muy tristes. Se estaba separando de su entonces marido, situación que desconocíamos todos hasta ese momento.

Nada más terminar de escribir, fui al dormitorio de mis padres a despertarlos para contarles lo sucedido. Ahora, con el paso de los años, me doy cuenta de que ellos siempre me creyeron y me apoyaron. Nunca dudaron de mí.

Yo soy la que está sentada en el regazo de mi padre. Mi tía Paloma se encuentra a la derecha de la foto.

Nuestra familia, como muchas otras en la España de la década de los ochenta, tenía unos condicionamientos religiosos, sociales y culturales rígidos. Al día siguiente, mi madre llamó a sus

hermanas y a su madre, para hablarles de la carta y preguntar a su hermana Paloma sobre la veracidad de la misma. Esta carta cambió la percepción que mi familia tuvo de la situación por completo: las palabras de mi abuelo nos revelaron la situación de soledad que estaba viviendo mi tía y pudimos acompañarla en ese proceso personal tan doloroso.

Su mensaje era fundamentalmente de amor y de aceptación hacia las decisiones de su hija. Le decía que supiera que él estaba feliz y que, desde su nueva dimensión, la seguía queriendo y apoyando. Que recordara que nunca estaba sola, que él siempre estaba con ella. Que estuviera tranquila, que todo iba a salir bien. Le mandaba su apoyo incondicional.

Mi abuelo firmó la carta con una rúbrica muy especial. Al día siguiente, mi abuela vino a casa con el DNI de mi abuelo y confirmó que aquella firma con tantos círculos era la de mi abuelo, que yo desconocía hasta aquel momento.

Pasaron muchos años y nunca más volví a recibir ningún mensaje de este tipo, pero toda la familia sabía ya de ese don tan especial.

∞

Capítulo 2

ESTOY VIVO. EL CIELO EXISTE

Madrid, 14 de febrero de 1994

Mi padre vino por primera vez a darnos su mensaje por escritura automática el 14 de febrero de 1994, trece días después de abandonar su cuerpo físico. Antes de que sigáis leyendo, me gustaría explicar la evolución espiritual que se revela en las dieciocho cartas escritas por mi padre. Las primeras diez son claramente terrenales y enfocadas a los acontecimientos que la familia vivía en ese año; su mensaje era fundamentalmente tranquilizador.

Mi padre repite en varias ocasiones: «Estoy vivo. La muerte no existe. Estoy feliz». Nos relata sus sensaciones, pensamientos y miedos en ese momento tan importante en la vida de una persona: el proceso en el que abandona su cuerpo físico. Nos detallaba cómo fue el tránsito a la otra vida, qué personas le acompañaron y, sobre todo, su situación en aquel momento.

Después de estas diez cartas pasaron doce años sin recibir ninguna. En 2006 se reanudó la comunicación, y a partir de ese momento nos fue dando consejos «universales» sobre distintos aspectos de la vida, todos encaminados a ser felices.

He sentido a través de estas cartas que, cuando uno fallece, sus creencias le acompañan en ese tránsito y continúan con él en su nueva dimensión espiritual. Seguramente por ese motivo, durante los primeros años, sus mensajes eran religiosos, acordes a su fe católica, y con el paso de los años se han ido ampliando más allá de sus creencias.

Somos seres sensibles e ilimitados. Cuando pasamos a la dimensión puramente espiritual, nuestra sabiduría es más holística, sin miedos ni creencias limitantes. Yo siento que el verdadero mensaje en el que coinciden todas las personas que se han comunicado conmigo a través de la escritura automática es que el amor que damos es lo único relevante que queda de nosotros.

Mi padre falleció el 1 de febrero de 1994, relativamente joven, con sesenta y un años recién cumplidos, después de sufrir durante cinco años un cáncer de próstata y huesos.

Los seis hermanos. De derecha a izquierda: Mamen, Poncho, Ángel, Jorge, Esther y yo.

Somos seis hermanos, tres chicos y tres chicas, y en ese momento de nuestras vidas nosotras estábamos opositando tras finalizar nuestras carreras y ellos estaban todavía estudiando. Siempre hemos sido una familia unida, más aún a raíz de la enfermedad de mi padre. Mis padres, después de toda una vida juntos, seguían enamorados y eran un ejemplo para nosotros.

Mi padre tenía un carácter excepcional, era un hombre simpático, sociable, a quien le encantaba viajar y practicar los seis idiomas que hablaba. Dominaba el arte de la palabra. Era un gran motivador, con un don de gentes especial, y siempre tenía una sonrisa en su boca. Sus aficiones eran su familia, ayudar a los demás y su trabajo, en este orden.

Su pérdida supuso un gran vacío emocional. Era el pilar de la familia. Recibir estas cartas nos dio a todos esperanzas, y nos enseñó una visión sobrenatural y positiva de la vida.

Con el tiempo, hemos salido adelante. Terminamos nuestros estudios y nos pusimos a trabajar. En la actualidad, estamos felizmente casados y todos tenemos familias numerosas. Mi madre, actualmente, disfruta del amor de sus veinticuatro nietos.

La mano de mi padre ha estado siempre ahí. Durante estos casi veinticuatro años hemos pasado momentos duros: enfermedades, operaciones, partos, nacimientos complicados, complicadas situaciones laborales..., pero siempre, cuando recibía-

mos una carta suya, le restaba importancia. En ellas nos daba ánimos y nos explicaba lo verdaderamente importante de la existencia: «Las cosas materiales pasan y solo quedan las espirituales».

A través de sus mensajes, nos ha enseñado a ser más felices y a disfrutar de la vida. A darle mucha importancia a la paciencia, a la fortaleza ante las adversidades, a comprender a los demás sin juzgarlos, a reírnos y hacer reír a los demás, a estar en contacto con la naturaleza, a rezar, a meditar, a cultivar la mente y el espíritu. Y, sobre todo, a amar sin esperar nada a cambio.

Al principio, cuando recibí las primeras cartas y supe que mi padre era feliz, sentí un gran alivio y alegría. Hasta entonces, pensaba que estaría triste por haber dejado a su mujer y a sus seis hijos en la tierra, pero no fue así.

Estos mensajes supusieron un antes y un después en mi vida. Lo que más paz me ha dado es saber que los que se van son felices, que nos ven y nos ayudan. Siempre están a nuestro lado. Nunca estamos solos: el alma es inmortal. Solo el cuerpo muere y se queda en la tierra.

Me siento una mujer feliz y segura de nuestra naturaleza espiritual. Gracias a estos mensajes disfruto de paz interior.

El lunes 14 de febrero del año 1994 recibí la primera carta por escritura automática de mi padre. Una nueva comunicación entre dos dimensiones estaba a punto de comenzar.

Aquella tarde estaba estudiando en una casita que teníamos en el jardín de nuestra casa, concentrada en mi rutina diaria —por aquel entonces yo estaba estudiando Judicatura y, después de llevar varios años opositando, me iba a examinar solo unos meses después de fallecer mi padre— cuando, de repente, empecé a sentir en el brazo derecho la misma sensación que tuve cuando era pequeña y recibí la carta de mi abuelo.

La luz de la casita empezó a parpadear y el brazo comenzó a moverse subrayando en el programa de las oposiciones unos temas en concreto (que, curiosamente, fueron los que me preguntaron en los exámenes).

Luego, cogí un folio y comencé a escribir. Era una carta preciosa de mi padre, escrita a lápiz: el mismo con el que estaba

subrayando mis apuntes y había marcado los temas de la oposición unos minutos antes.

En ella nos decía que era feliz, que estaba vivo, que la vida existe después de la muerte y que el cielo es verdad; que nos quería mucho a todos y que siempre estaría a nuestro lado.

Me pidió un favor: como era el día de San Valentín y mis padres lo celebraban siempre, me dijo que le llevara a mi madre una maceta de margaritas blancas que tenía junto a mí, en la mesa de estudio, y que yo había recibido de mi entonces novio y actual marido, Pablo.

¡Imaginaos la cara de mi madre cuando fui al salón gritando de alegría con la carta y las flores!

Mi madre estaba sentada en el salón con la chimenea encendida, vestida de luto riguroso y llorando. Se pasaba el día llorando, con un pañuelo en la mano y los ojos hinchados. Le cambió la expresión de la cara por completo y llamó a mis cinco hermanos.

La carta estaba arrugada por mis lágrimas, lágrimas de amor y de sorpresa.

Serían las ocho de la tarde y, como las casualidades no existen, como dice mi abuela Asun en una carta que leeréis más adelante (ver capítulo 17), aquel día estábamos todos los hermanos en casa estudiando. Bajaron corriendo las escaleras y nos reunimos en el salón a escuchar la carta de papá.

¡Qué alegría y qué nervios...! Solo habían pasado trece días desde que nos dejó. ¡Le echábamos tanto de menos!

Mi padre comenzó la carta dirigiéndose a mi madre, diciéndole: «Estoy vivo. Soy inmensamente feliz». Después de tantos años juntos celebrando San Valentín, él deseaba, una vez más, decirle con flores todo lo que la quería. Todos lloramos de alegría. Sentir las palabras de mi padre hizo que aquella fría tarde del mes de febrero en Madrid se convirtiera en un día de primavera; nuestros corazones volvieron a sentir esperanza e ilusión.

He intentado plasmar el contenido que recuerdo de esta primera carta de mi padre de la forma más fiel posible, porque cuando las he recopilado para escribir este libro, encontré todas menos esta. Quizá algún día aparezca...

Y así he ido recibiendo mensajes de mi padre, de mis abuelos, de mis familiares y de otras almas iluminadas a lo largo de estos últimos veintiséis años.

∞